

Vidas e inquisiciones

Antonio Saborit

Presentación del autor a *Una mujer sin palabras*.

La vida de Tina Modotti tiene las marcas de la mordedura del amor trivial. La idea me vino apenas ayer, al leer las "Trece intenciones contra el amor trivial" de David Huerta. Se trata de un poema, el poema que abre su libro *Historia* (1990), apoyado en un epígrafe del escritor Lluís Fernández. La mordedura del amor trivial, entonces, marcó la vida de esta mujer, quien murió en la ciudad de México hace cincuenta años. Quisiera adjetivar tal mordedura pero en vez de eso prefiero decir ahora tres palabras sobre la inquisición. No tanto sobre la inquisición que abominó Voltaire, aunque tiene que ver con ella, como sobre otra inquisición, acaso menos litúrgica pero tan eficaz. Me refiero a la inquisición que desvelaba al escritor italiano Leonardo Sciascia. Pues hoy la inquisición se dedica a la destrucción de la memoria.

1. Es prácticamente imposible saber cuántas cartas le escribió Tina

Modotti a Edward Weston. Conocemos que la correspondencia pudo empezar en 1921, que acabó diez años después, y que un día Weston hizo una selección —las cartas que ofrece el libro— antes de quemar todas las demás. He dicho que las treinta y tantas cartas que perdonó Weston cuentan la historia de una amistad, pero únicamente lo que la tiranía sedosa de Weston quiso salvar de esta amistad. Igual que su diario, el cual él mismo expurgó antes de encargarle a su amiga Christel Gang la tarea de pasarlo a máquina para tirar el original, Weston se deshizo de casi todas las cartas de Tina Modotti y archivó su selección. Este gesto de Weston, que expresa su deseo de destruir la memoria, es propiamente inquisitorial.

La primera vez que escribí sobre Tina Modotti toqué otro proceso inquisitorial, promovido por el estado mexicano y algunos periodistas, a raíz del asesinato del líder comunista cubano Julio Antonio Mella en enero de 1929. Al terminar de escribir este libro entendí que tuve que bregar con otras pulsiones inquisitoriales —la primera de las cuales muestra el perfil de Weston en ángulo poco favorable.

El fotógrafo excepcional, al destruir las cartas de Tina Modotti, en efecto anuló una parte de su propia historia y de su propia memoria; pero además anuló una parte crucial de la vida y la memoria de otra persona.

2. En nuestra época asistimos a la configuración de una dualidad, de un conflicto, entre memoria e inquisición, escribió Leonardo Sciascia en *El teatro de la memoria* (1981). "Hoy la inquisición —la Inquisición, la *Inquisición*— se dedica a la destrucción de la memoria: ya sea bajo la forma y el procedimiento de la verdadera Inquisición, o bien bajo la forma de un presente bastante totalizante y totalitario que se muestra —hay que decirlo— con tal abundancia e inagotables concatenaciones de bienes (de males) de uso y consumo, y generando tal abundancia y concatenaciones de insatisfacciones, que no deja ningún resquicio a la memoria o se esfuerza por corroerla allí donde sobrevive".

Al trabajar en archivo experimenté esta dualidad conflictiva entre memoria e inquisición, esto es, entre la esperanza no sólo inge-

nua de enriquecer el presente a través de la historia y la pulsión no sólo mezquina de anular o corroer el pasado en ocasiones de parte de la razón de estado y otras (las más de la veces) de sus frailes menores.

Ya he dicho que la parte medular de este libro proviene de un número monográfico de la revista *The Archive*, órgano de difusión del Centro de Fotografía Creativa de la Universidad de Arizona, para el cual Amy Stark transcribió, anotó y comentó las cartas de Tina Modotti a Edward Weston. Empecé a saldar mi cuenta con el trabajo de esta archivera, así como con el empeño de otras investigaciones, al meterme a hacer trabajo de archivo. Y este trabajo, como decía, me puso —a mí, más bien adicto a los acervos de bibliotecas y hemerotecas— ante la oportunidad de experimentar el conflicto entre memoria e inquisición.

Tuve suerte en el Archivo General de la Nación. Con la asistencia de su personal, dí con dos cartas que escribió Tina Modotti desde la cárcel en febrero de 1930, pocos días antes de su deportación. ¿Qué leí en estas dos cartas? Ellas agregaron un par de personajes a la agenda de amigos de la fotógrafa italiana: Beatrice Siskind y Mary Louis Doherty. En las dos cartas leí también dos espacios biográficos: la aprehensión de la Modotti, narrada por ella misma, y la idea de emprender un viaje para el cual ya tenía ahorrados cuatrocientos pesos. Mary Louis Doherty, como lo anoté en el libro, era estadounidense, egresada de Rand School, que intentó organizar sindicatos femeniles y cuyo mejor papel, a falta de otra documentación, se debe a la pluma de la escritora Katherine Anne Porter quien la hizo aparecer bajo el nombre de Laura en *Floowering Judas* (1930). En la nota que Tina Modotti dirigió a Doherty

asomó un vínculo con el antropólogo mexicano Miguel Othón de Mendizábal, entonces director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía y quien tal vez fue el que le ofreció la plaza de fotógrafo en el Museo que ella rechazó. Beatrice Siskind, a quien Tina Modotti quiso poner al tanto de su aprehensión —en vano pues la policía mexicana interceptó la carta—, era apenas algo más que un nombre cuando decidí entregar el libro.

La aparición de estas cartas, en el interior de un voluminoso y rico expediente que leí varias veces, me permitió conjeturar la existencia de algún expediente con documentación semejante a la de estas dos cartas así como con información confidencial sobre las actividades de Tina Modotti y sus contemporáneos.

Christiane Barckhausen-Canale, autora del libro *Verdad y leyenda de Tina Modotti* (1989), ubicó en el archivo del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba varias cartas dirigidas a Tina Modotti: siete de ellas firmadas por Benvenuto, su hermano, y cuatro más por su madre, Assunta, su suegra, Rose Richéy, la esposa de Scott Nearing, Grace y Edward Weston. Si estas cartas iban en el botín que obtuvo la policía mexicana al registrar el departamento de Tina Modotti en enero de 1929, como supone Barckhausen-Canale, aún falta por localizar el resto de papeles que aludió y, en ciertos casos, publicó ilegalmente *Excelsior*. Esto en cuanto a la primera visita inquisitorial que padeció Tina Modotti. En el libro describí el departamento que gastaba esta muchacha como un importante centro de reunión de la dirigencia comunista mexicana. En cuanto a la segunda visita inquisitorial, a raíz del atentado

contra Pascual Ortiz Rubio en febrero de 1930, el expediente al que me he referido, y por cierto no el único que consulté, registra parte de la historia. En él hay copias de distintos interrogatorios —entre ellos a David Alfaro Siqueiros y Evelio Vadillo—, pedacería de las investigaciones tendientes a rastrear el momento en que en las organizaciones de izquierda apareció la idea de asesinar a Pascual Ortiz Rubio —idea y plan que los vasconcelistas probaron antes—, así como las dos cartas de Tina Modotti que se quedaron entre estos papeles sin llegar a su propio expediente.

En este otro expediente, cuya existencia es posible conjeturar pues en algún lado deben estar los interrogatorios a los que se sometió a Tina Modotti y cuyas declaraciones se citan en los interrogatorios de Siqueiros, no sólo cabría la posibilidad de localizar más papeles personales, sino de reconstruir a través de ellos parte de una vida. Me esforcé en vano por dar con ellos, o bien sólo para alimentar suspicacias estériles. La consulta de acervos públicos me ha enseñado que poco ayuda pensar que en ocasiones nos escamotean información los frailes menores de tales templos, pero pensar eso rara vez es un error. He aquí la dualidad conflictiva entre memoria e inquisición.

3. *Una mujer sin país*, tal y como está, comporta cuanto me fue dado localizar y entender hasta la entrega de su manuscrito a mis editores. Una entrega, por cierto, que postergaba a la menor excusa.

Sin embargo, al leer las pruebas de imprenta del libro y restablecer algunos engaños —por cierto, no todos— de mi propia memoria, me dí cuenta que seguía inconforme

con la pesquisa. O más bien dicho, con las reglas de la pesquisa. Durante varios días arrastré el perro negro de la mala fe prendido a la manga de mi camisa y, a poco, supe por el *Diario Oficial* de la disposición que autorizaba a los jueces de distrito en el país para que procedieran a la destrucción de expedientes concluidos relativos a las demandas de amparo interpuestas desde la iniciación del funcionamiento del juzgado hasta 1983 (febrero 20, 1992). He aquí un asunto de importancia que pasó inadvertido en el pequeño gremio de historiadores. Inquisición y memoria, escribió Sciascia. Egomanía, agregó ayer Nicola Chiaromonte. "La enfermedad de nuestra época es la egomanía", escribió Chiaromonte en *La paradoja de la historia* (1970). "La egomanía vuelve radicalmente impío al individuo y le hace ignorar todo aquello que no sirva de manera inmediata sus objetivos —los cuales nunca rebasan los límites de su propia vida—, negando así todo lo inefable, secreto y críptico que contiene el mundo: lo 'divino' inherente en todas las cosas y en todos los impulsos del espíritu. El egomaniaco cree que puede justificar, si no su propia existencia, la existencia de una comunidad, invocando el bien colectivo, el avance de la sociedad, o, cuando menos, la producción de lo nuevo, que es, por definición, lo más útil y lo más hermoso".

Permitaseme una nota más antes de cerrar estas líneas en defensa de lo usado. Más que nada, dice Chiaromonte, el egomaniaco no entiende que el vínculo que le une a la comunidad es más importante

y más fuerte que él mismo, "y que más importante que él y que la comunidad es el lazo entre él, cada cosa, y la totalidad de las cosas, llámese Naturaleza, Cosmos, o lo que sea".

4. La imagen de la portada tiene asimismo una historia con marcas de pulsiones inquisitoriales.

Otis William Oldfield, su autor, apenas se conoce. Bertram Wolfe dice que se opuso a que Diego Rivera pintara murales en California en la década de los treinta, pero hay quien sostiene que hasta colaboró con Rivera. El caso es que nació el 3 de julio de 1890, en Sacramento, California, y murió en San Francisco el 18 de mayo de 1969. Fue alumno regular y transitorio en Best Art School durante la primera década del siglo y en 1909 se enlistó en un carguero para viajar a París. En la Académie Julian fue alumno regular, lo cual quiere decir que sus maestros eran los mismos de la escuela estatal, la Ecole des Beaux-Arts, por lo que Oldfield apenas aguantó en ella unos meses. Después vivió sus alfabetizaciones en el mismo París de Diego Rivera y regresó a San Francisco a la muerte de su esposa en 1924.

La baja estatura de Oldfield era tan notoria como la redondez de Rivera. Trabajó en un periódico y renunció al poco tiempo para dar clases en la California School of Fine Arts (hoy Instituto de Arte de San Francisco) en donde conoció a Helen Clark, la mujer en la portada de *Una mujer sin país*. En 1926 casó con ella, en el taller de Ralph Stackpole. Desde su estudio, tre-

menda aduana de luz, pintó la bahía y sus máquinas. Artistas y pescadores eran sus vecinos. Fue amigo del arquitecto Tim Pfluger, quien construyó la mayor parte de los edificios que se levantaron en San Francisco hasta mediados de siglo, de quien recibió la comisión de decorar algunos de sus interiores. Fue entonces que Rivera reapareció en la vida de Oldfield. Y en 1933, en la Feria Artística de Sacramento, la hermosa figura de su esposa Helen fue centro de cierto altercado cultural una vez que la pintura obtuvo el primer premio.

Oldfield se empeñó en introducir las maneras de la vanguardia en la escena cultural de San Francisco, junto con el pintor Maynard Dixon, Weston el fotógrafo, el poeta Kenneth Rexroth, Pfluger el arquitecto y el escultor Beniamino Bufano.

La historia se escribe así. Una tarde abrí una revista totalmente ajena a mis vicios y en la página precisa que mostraba una buena reproducción de esta pintura de Oldfield. Por eso está ahora en la portada del libro. Una amiga discernió en la composición una mezcla de las maneras de Weston y Rivera.

5. Quiero acabar donde empecé. Me parece que la historia y la literatura son feliz evidencia de la existencia del hombre cuando restañan las marcas del amor trivial. Pero mejor lo digo con el poema de David Huerta:

Mis palabras quisieran
restañar esa herida: la
mordedura del amor trivial.